

Cenarro Cubedo, Severo

Pastrana, 1848 - Tánger, 1898

Teniente coronel médico, muy distinguido en Cuba y Puerto Rico, cirujano eminente y director facultativo del Hospital Español de Tánger, figura clave en la medicina preprotectoral de España en Marruecos.

Tras la revolución de 1868, que acabó con el régimen isabelino, fue abierta una Escuela Libre de Medicina en Zaragoza, y en ella ingresó en 1869, con 21 años. Por compañero de estudios tuvo a Santiago Ramón y Cajal. Licenciado en 1873, se enroló en la Sanidad Militar y, con el grado de teniente, participó en las campañas contra las fuerzas carlistas. En 1875 conseguía una plaza en el Hospital Militar de Madrid, donde trabó gran amistad con el comandante médico Nicasio Landa, nombre muy prestigiado en Europa y fundador de la Cruz Roja Española. Cenarro destaca en las enfermedades del riñón y sus tratamientos diuréticos. Ascendido a capitán médico, es destinado a Ultramar. Cuba arrastra seis años de penalidades bélicas que no parecen tener fin. Antes de partir hacia San Juan de Puerto Rico, se casa, en Madrid, con Encarnación García y Laguna. Y ambos emprenden viaje hacia el Caribe español.

Seguirán tres años y medio de trabajos (enero 1877-julio 1880) en condiciones extremas, agravadas por su estancia en Cuba (por su climatología más radical), que erosionan su salud. En julio de 1882 se ve obligado a pedir «licencia» por enfermedad. Pudo ser la malaria. El matrimonio zarpa hacia la Península pero, cuando él se repone, ella desiste de acompañarle y prefiere permanecer en Tudela. Severo vuelve a Cuba, pero ni se olvida de su esposa ni desasistida la deja. Por disposición suya, Encarna puede recoger, con cargo a la Caja de Ultramar, «cien duros mensuales», que su responsable marido le hace llegar mes tras mes. Cumplidos los seis años obligatorios de permanencia en Ultramar —pocos los cumplían y muchos bajo tierra— Cenarro vuelve a la patria. Destino ilusionante le aguarda: médico en la Legación de España en Tánger. Es febrero de 1884 y Marruecos se le ofrece tal y como era: luminoso y callado, transparente y velado, país de las mayores fantasías hechas realidades.

A Tánger, ventanal atlántico y puerta diplomática del imperio jerifiano, le sobra luz y le falta higiene. Cenarro se pone a la tarea y por su tesón surge la Comisión de Higiene Pública, que endereza el caótico rumbo de la salubridad tangerina. Justo a tiempo. La epidemia de cólera en 1885 lo trastorna todo, incluso en la España andaluza, donde arrasa. Cenarro se multiplica y triunfa, proporcionando amplia victoria al sultán Muley Hassán I, quien premia sus servicios.

Cenarro encuentra en el Padre Lerchundi esa parte complementaria del alma que todo humanista y científico necesita para engrandecer sus servicios a la sociedad. Al binomio Cenarro-Lerchundi se les unirá un tercer mosquetero, el teniente coronel médico Felipe Ovilo Canales. Su asociación intelectual y moral es inmediata. Y de ella nacen benéficas criaturas que pronto alcanzan su adultez: las campañas antivariólicas, que el propio Cenarro inicia; el Hospital Español de Tánger (inaugurado el 23 de septiembre de 1888); la Escuela de Medicina para marroquíes (media de 15-20 alumnos por curso), instalada en el mismo Hospital Español. Cenarro y Ovilo se reparten afanes y obligaciones: el primero asume lo relacionado con la cirugía y el seguimiento a los intervenidos; el segundo se concentra en sus clases académicas y la dirección facultativa del Hospital. Siguen años fecundos, que una guerra lejana destruirá: Cuba en llamas desde febrero de 1896. Ovilo es reclamado desde Ultramar. Cenarro toma el mando en Tánger. Y a su vez es reclamado. Cenarro sabe que a la muerte va, pero leal y disciplinado, parte hacia Cuba. Que no tendrá compasión. Cuando regresa (abril de 1897), es un muerto viviente. Resistirá diez meses. Y fue mucho. En día por precisar en enero de 1898, fallece en Tánger. Su muerte es un disparo en la sien a la obra diplomática y humanitaria de España en Marruecos. Su memoria no ha prescrito allí. En su patria, sí. Véase la muestra: en Pastrana no hay calle con su nombre; en Tudela tampoco; en Zaragoza, de veintiséis calles dedicadas a «doctores», ninguna del «Doctor Severo Cenarro». Y en Madrid, de sesenta y siete calles a «doctores», idéntico desdén. Pese a ello, Cenarro persiste.